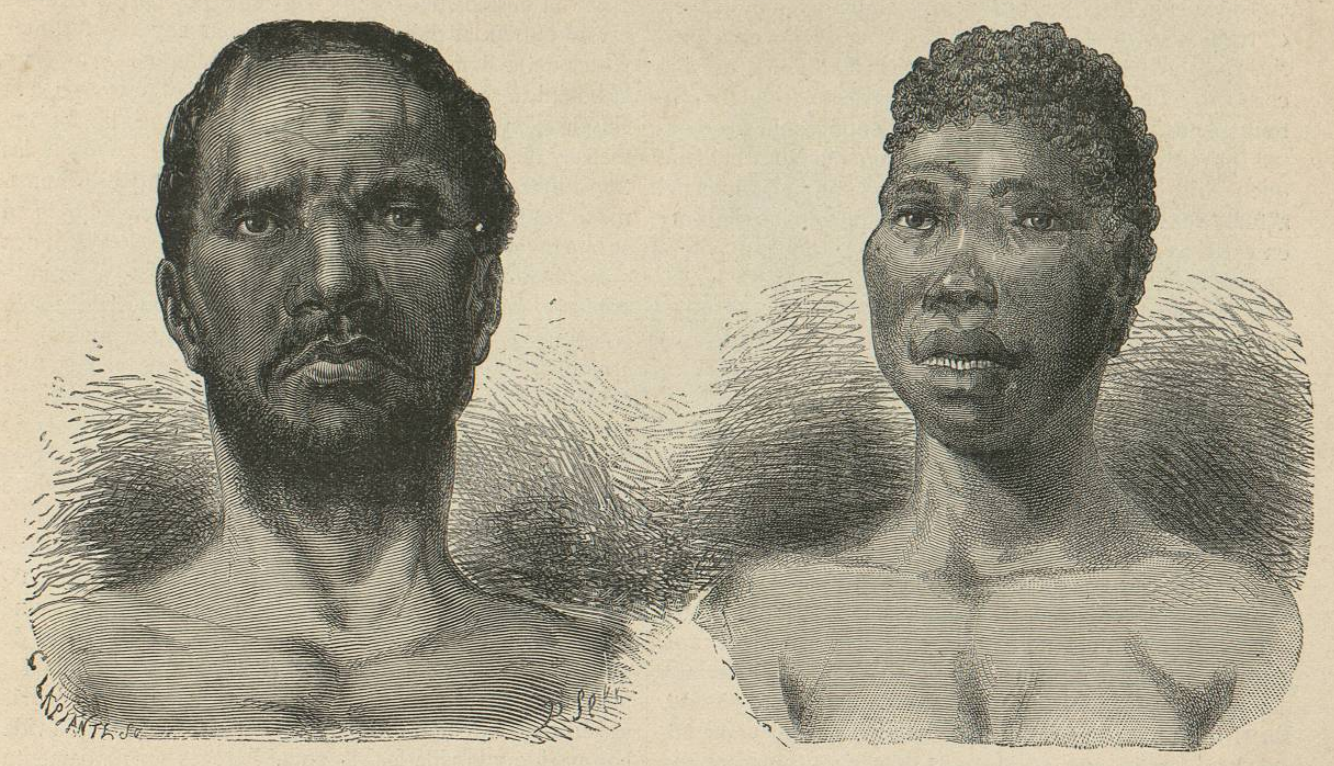


572.2  
R238r  
v.1

STC-31-oct-78.

GN315  
R3  
v.1

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



Cafre y Venus, hotentotes existentes en el Museo de París

### LAS RAZAS HUMANAS

#### RASGOS FUNDAMENTALES DE LA ETNOGRAFÍA

La noción geográfica y la consideración histórica en el estudio de los pueblos. - La humanidad es un todo. - La misión de la etnografía es probar la cohesión de la humanidad

La misión de la etnografía consiste en dar á conocer á la humanidad, tal cual es hoy y en todas sus partes. Há mucho tiempo que viene siguiéndose la costumbre de estudiar detenidamente tan sólo la porción de la humanidad que se encuentra en estado de progreso, es decir, aquellos pueblos que poseen una civilización muy adelantada; de suerte que casi toda la literatura histórica, con sus innumerables ramificaciones, únicamente de aquéllas se ocupa. Por esto la etnografía debe necesariamente, para llenar bien su cometido, tratar minuciosamente de las capas más bajas de la humanidad, que han sido poco menos que relegadas al olvido. Además de esto, fuerza es no tomar superficialmente esta noción de humanidad tal como aparece entre las sombras de los pueblos naturales más preeminentes; sino por el contrario estudiar en estas capas más profundas los puntos de partida que terminan en el superior desarrollo actual. La etnografía nos ha de dar á conocer no sólo el presente de la raza humana, sí que también el proceso que ha debido seguir hasta llegar á su actual estado, para lo cual han de servirnos de mucho las huellas que ha ido dejando este proceso dentro de la variedad interna de la humanidad. Únicamente de este modo podremos afirmar la unidad de la noción humanidad. Por lo que toca al procedimiento que á este fin hemos de seguir, hay que tener, ante todo, en cuenta que el abismo que, bajo el punto de vista de la civilización, separa á los pueblos, formando en la humanidad dos grupos; puede ser, en su latitud y profundidad, por completo independiente de la magnitud de

la diferencia de aptitudes. De esta última diferencia sólo nos ocuparemos de una manera secundaria, y por el contrario fijaremos principalmente nuestra atención en la diversidad de desarrollo y de circunstancias; por cuya razón estudiaremos detalladamente las condiciones externas de los pueblos y procuraremos, en cuanto sea posible, hacer derivar de la marcha histórica su actual situación. La noción geográfica (estudio de las circunstancias exteriores) y la consideración histórica (estudio del desenvolvimiento) deberán, pues, marchar perfectamente unidas, pues sólo la unión de una y otra puede hacernos apreciar la materia de la manera debida.

Con frecuencia suma exageramos la longitud y el término del camino que ha de conducirnos al estado de civilización, y porque olvidamos cuán invariables permanecen, mientras vivimos, la mayor parte de los fundamentos de nuestro desenvolvimiento, en apariencia tan elevado, tan nuevo y tan inaudito, nos sentimos inclinados á echar por completo en olvido estos mismos fundamentos. El desarrollo de nuestro talento y de nuestra cultura, todo cuanto denominamos progreso civilizador, más puede compararse con el crecimiento de una planta que con el vuelo de un pájaro. En efecto, siempre permanecemos en la tierra y estaremos íntimamente unidos con productos terrenales; la rama sólo por el tronco debe ser sostenida. La humanidad puede alzar su cabeza en el éter puro, pero no por esto sus pies dejarán de estar clavados en la tierra. Por esto, hácese necesario el estudio geográfico. En lo que se refiere á la



FSRM

5549

consideración histórica, busquemos algún pueblo que en el transcurso de los siglos haya permanecido estacionario, que no haya cambiado de lugar, de idioma, de vida corporal y de manera de ser; que conserve, siquiera aparentemente, las creencias y las ideas científicas de sus tiempos primitivos. Herodoto habla de un pueblo troglodita que residía cerca del país de los garamantas, habitantes del actual Fezzan; era dicho pueblo un pueblo habilidoso y en extremo ágil, datos que coinciden exactamente con lo que se cuenta de los tubús ó de los tedas de Nachtigal: éstos viven aún en las cuevas naturales de sus peñas; todavía son famosos por su habilidad y por su agilidad, y su idioma apenas ha conseguido traspasar los muros de roca que rodean su residencia; de suerte que hace 2,000 años, ó tal vez muchos más, que viven de la misma manera, siendo hoy tan ricos y tan pobres, tan sabios y tan ignorantes como hace 20 ó más siglos, sin haber adquirido nada de lo que entonces no poseían, teniendo cada generación la misma historia que la anterior, la cual era, á su vez, idéntica á la de aquella que la había precedido; sin haber realizado el más mínimo progreso, y habiendo siempre sido hombres dotados de cierto talento natural, enérgicos y activos, con grandes virtudes y no pequeñas ni pocas faltas. Este pueblo nos ofrece, pues, un fragmento de un remoto pasado. En el mismo espacio de tiempo, nuestro pueblo y sus afines han tenido una accidentada historia y amontonado tesoros de sabiduría, de ciencia, de poder y de riquezas: de la oscuridad de las selvas vírgenes han pasado á la grandiosa escena de la historia y sus nombres han llegado á ser, así en la paz como en la guerra, los más venerados y los más temidos de todos los pueblos. ¿Hemos, sin embargo, variado mucho como hombres? ¿Somos mucho más superiores en fuerza corporal é intelectual, en virtudes y en aptitudes á las generaciones de nuestros antepasados, de lo que lo son los tubús respecto de las de los suyos? Cabe dudar. La mayor, y en el fondo la única, diferencia que existe, estriba en que nosotros hemos trabajado y adquirido más, en que hemos vivido más rápidamente y sobre todo en que hemos conservado lo que íbamos adquiriendo y aprendido á sacar de ello la debida utilidad. La comparación etnográfica no nos asigna á nosotros ni á aquéllos el verdadero puesto dentro de la humanidad, sino que nos enseña cómo y por qué hemos llegado á ser lo que somos y nos muestra el camino por el cual podremos seguir progresando. ¿No es este el estudio más á propósito para evitar que exageremos lo que tenemos, queremos y podemos, y para indicarnos la verdadera medida con que habremos de juzgar nuestra historia y nuestro porvenir?

Al formular un juicio sobre los pueblos, ofrécese el hecho indudable, nacido del sentimiento del orgullo individual, de juzgar más bien desfavorable que favorablemente á nuestros semejantes. Hemos, por lo menos, de procurar ser justos, y para ello puede servirnos de mucho la etnografía, que, al conducirnos de pueblo á pueblo y de escalón en escalón, sienta el importante principio de que en todos los actos del hombre y de los pueblos ha de considerarse, en primer lugar, que cuanto respecto de ellos pueda pensarse, sentirse y hacerse, tiene un carácter esencialmente gradual. Todo puede acontecer en diversos grados: las partes de la humanidad, las razas, los pueblos, etc., no están separados entre sí por abismos, sino por graduales diferen-

cias. La misión, pues, de la etnografía no consiste en marcar ante todo las diferencias que existen entre las distintas partes de la humanidad — á la manera como la geología y la botánica se han limitado, durante mucho tiempo, á la clasificación por especies y familias ó géneros de los animales y de los vegetales — sino que estriba en señalar las transformaciones y la cohesión interna; porque la humanidad constituye un todo, por más que éste sea múltiple en sus manifestaciones. Y aun cuando no se repetirá nunca con sobrada frecuencia que un pueblo se compone de individuos y que éstos, en todas las manifestaciones de aquél, constituyen constantemente su elemento fundamental, la armonía que entre dichos individuos existe es, en su fundamento, tan grande, que las ideas que de cada individuo salen, pueden estar seguras de tener eco en la mente de los demás, si hallan manera de llegar hasta ellos; al modo como la misma semilla sembrada en idéntico suelo produce idénticos frutos.

Encontrar este camino: he aquí un punto de capital importancia. Las ideas elementales tienen una fuerza de expansión irresistible y en el fondo no se comprende por qué ésta ha de detenerse ante la choza ó ante las hogueras de un cafre ó de un botocudo. Los obstáculos que impiden ó prolongan su transmigración son innumerables y además varían mucho, como todo lo que es vida, porque de la vida han nacido y la vida los sustenta. Este es un fundamento capital de las diferencias que en el seno de la humanidad existen, y de ello derivan multitud de problemas de la etnografía. Y aun puede decirse que en la difusión geográfica, primero de los pueblos y luego de sus conquistas en el campo de la civilización y de los medios de cultura — desde el fuego hasta las ideas más elevadas, — se encuentra la clave para conocer la historia primitiva de la humanidad.

Si suponemos una historia general de la civilización que, dejando á un lado los puntos de vista nacionales ó los que se limitan á una raza, acepte un punto de partida más elevado y universal, para desde él estudiar la historia de la propagación de la cultura por toda la humanidad, resultará que una ciencia de tal naturaleza penetrará á fondo en lo que comunmente suele designarse como etnografía; pues cuanto más ahonde el investigador en los pueblos prehistóricos y extrahistóricos, tanto más probable se hace que en todos los círculos y en todas las capas de la cultura encuentre una civilización única en su esencia, que durante mucho tiempo, cuando aun no existían las condiciones necesarias para el desenvolvimiento de centros de cultura especiales, se fué transmitiendo de pueblo en pueblo por toda la tierra. Sea de esto lo que fuere y sean cuales fueren los descubrimientos que en esta esfera pueda hacer todavía la ciencia, y partiendo del principio de que no por gradaciones antropológicas, — es decir, fundadas en la estructura del hombre, — sino por gradaciones de cultura — ó sea conquistadas en el curso del desenvolvimiento de la humanidad — ha llegado á constituir ésta el abigarrado y múltiple conjunto que hoy nos ofrece; partiendo de este principio, decimos, podemos, por de pronto, considerar que la misión de la ciencia descriptiva de los pueblos (etnografía) consiste principalmente en la descripción de sus distintas relaciones de cultura en el sentido más lato, y que la de la ciencia investigadora de los pueblos (etnología) se limita á demostrar las causas de estas diferencias.



Choza kirguís, según un croquis de A. Vamberg

#### CONDICIÓN DE LOS PUEBLOS NATURALES DENTRO DE LA HUMANIDAD

Noción pueblo natural. — Progreso y retroceso. — Diferencias corporales. — Noción razas civilizadas. — Semejanzas del hombre con los animales. — ¿En qué consiste la posesión de la cultura? — La humanidad posee de común la inteligencia, el lenguaje y la religión. — En las demás esferas de la civilización no hay diferencias absolutas y sí únicamente diferencia de grados.

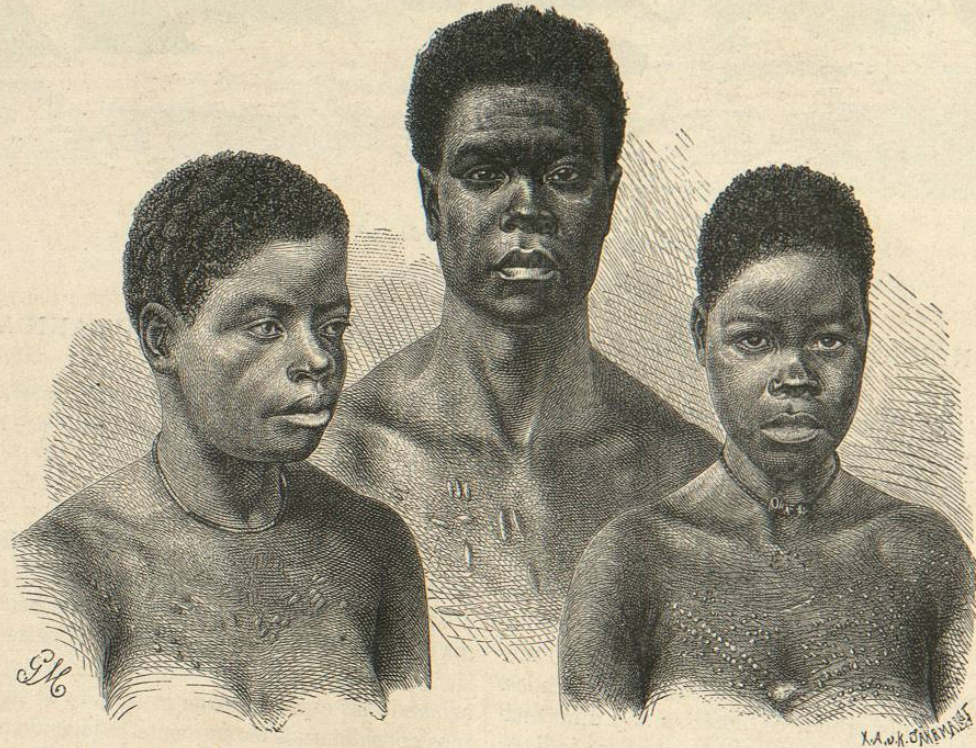
Digamos, ante todo, algunas palabras acerca del nombre «pueblos naturales» que con tanta frecuencia habremos de usar en el curso de esta obra, y que, á pesar de las objeciones que contra él pueden formularse, resulta mucho mejor que las demás denominaciones por algunos empleadas. Las de salvajes, pueblos primitivos, *lower races* y otras análogas, significan más de lo que con ellas se quiere indicar: la de pueblos naturales, por el contrario, no dice otra cosa que pueblos que están más supeditados á la naturaleza ó viven más dependientes de ésta que los pueblos civilizados, y viene á indicar más bien una diferencia en la manera de vivir, en las cualidades morales, que una diferencia de estructura corporal; y como tal nombre nada prejuzga en este sentido, por eso lo consideramos doblemente apropiado para nuestro objeto. Y como quizás tendremos que completar este nombre con una noción, por muchos conceptos distinta de lo que pueda imaginarse el lector acostumbrado á oír llamar «salvajes» á aquellos pueblos, hácese necesario emplear un nombre lo más neutral posible; y este nombre creemos que debe ser el de «pueblos naturales.» Con él, sin embargo, no indicamos un pueblo en íntimas relaciones con la naturaleza, sino un pueblo supeditado por ella, si se nos permite esta palabra. Y si ante esta consideración quisieran algunos etnógrafos sostener que el desarrollo civilizador consiste en irse desprendiendo cada vez más de la naturaleza, podría contestárseles que la diferencia entre pueblos naturales y pueblos civilizados estriba, no en el grado, sino en el modo de cohesión con la naturaleza. La cultura es la emancipación de la naturaleza, pero no en el sentido de desprendimiento completo, sino en el de su más amplia y múltiple alianza. El labrador que guarda sus cereales en la granja, depende en definitiva del suelo de su campo, tanto como el indio que cosecha en los pan-

tanos el arroz acuático que no ha sembrado; mas para el primero esa dependencia es menos pesada porque, gracias á las provisiones que la prudencia le ha hecho acopiar, forma una cadena fácilmente llevadera; al paso que el segundo siente herido su nervio vital por las ráfagas de aire que, azotando las espigas, arroja los granos al agua. No podremos considerarnos enteramente independientes de la naturaleza, mientras más minuciosamente la explotemos y estudiemos, y sólo nos haremos independientes de algunos accidentes de su modo de ser ó de su marcha, multiplicando los puntos de alianza. Por esto, como se verá en los siguientes capítulos y contra las opiniones de Ritter, de Waitz y otros, nosotros dependemos, junto con nuestra cultura, y precisamente á causa de ésta, de todos los pueblos que han existido. No admitimos tampoco el uso dominante de las denominaciones negativas con que se ha querido designar á los pueblos naturales, tales como las de pueblos sin civilización, sin historia y otras análogas. Comprendese que al estudiar aquellos pueblos, menos cultos que nosotros, á los cuales no les ha sido dado poner en la balanza de la estima el peso de méritos positivos representados por grandes hechos históricos, se admita este carácter principalmente negativo; y en efecto, las expresiones «pueblos faltos de cultura, pueblos de civilización pobre» están consignadas en las obras más notables de etnografía, perteneciendo también á la misma categoría la palabra «semicultura» usada con sobrada frecuencia. Estas denominaciones podrán ser muy prácticas cuando se trate de una distinción de lo que no es homogéneo por naturaleza, pero habrán de ser provisionales, porque las negaciones nada dicen, sino que simplemente presentan una comparación con lo que se admite como conocido, dejando envuelto en las tinieblas si ésta corresponde y en qué grado á aquel á quien

se le ha adjudicado la posesión de esta cosa aceptada como conocida (en el caso presente de la cultura). Por esto evitaremos cuanto podamos emplear estas denominaciones.

Dado que la diferencia entre pueblos naturales y pueblos civilizados parece abrir un ancho abismo entre unos y otros, no nos daremos por satisfechos con enunciarla, sino que ante todo nos preguntaremos: ¿cuál es la situación de los pueblos naturales dentro de la humanidad? La respuesta parece imponerse. Desde el momento en que la ciencia de la etnografía, como todas las ciencias, es un producto debido á aquellos pueblos que se apropiaron el nombre de civilizados, ha sido siempre para éstos cuestión importantísima conocer su propia situación respecto de aquellas partes de la humanidad de las cuales se ocupa con preferencia la et-

nografía, es decir, de los pueblos naturales. Esta cuestión, empero, ha sido, durante muchos siglos, tratada con el abandono del que contentándose con saber los hechos merced á narraciones y descripciones, no siente necesidad alguna de conocer las leyes que regulan la vida de los «salvajes» y sus relaciones con el resto de la humanidad. Estos hombres negros ó de cobrizo color eran muy extraños, muy particulares, y por ello hacíanse interesantes las lecturas que de ellos hablaban, y esto bastaba por completo. No nos riámos de esta manera de apreciar las cosas, pues á ella corresponde todavía nuestra afición á la lectura de viajes, tanto más interesantes cuanto de pueblos menos civilizados tratan. Las investigaciones de un Cook, de un Forster, de un Levaillant, de un Lichtenstein, que en muchos puntos pene-



Raza negra. — Negros de la costa de Loango, según fotografía que posee el Dr. Falkestein

traban y estudiaban la vida de los pueblos, tenían para sus contemporáneos un interés principalmente novelesco y no daban lugar á ninguna disquisición filosófica. El único entusiasmo que á fines del siglo décimotercero despertaba el progreso que, en número, bondad y atractivos, se notaba en las descripciones de viajes, derivaba de la destrucción de la fe en aquel feliz estado natural que, desde Rousseau, parecía á muchos el más apreciable y que sólo podía realizarse en la soledad de los bosques vírgenes ó en apacibles y risueñas islas. Todo el mundo buscaba ese estado, pero sin encontrarlo nunca. ¡Qué desencanto para el sensible corazón del lector de la «Cabaña indiana» ó de las descripciones de la vida paradisíaca de los taitianos ó de los tonganeses, que tan en boga estuvieron desde Jorge Forster!

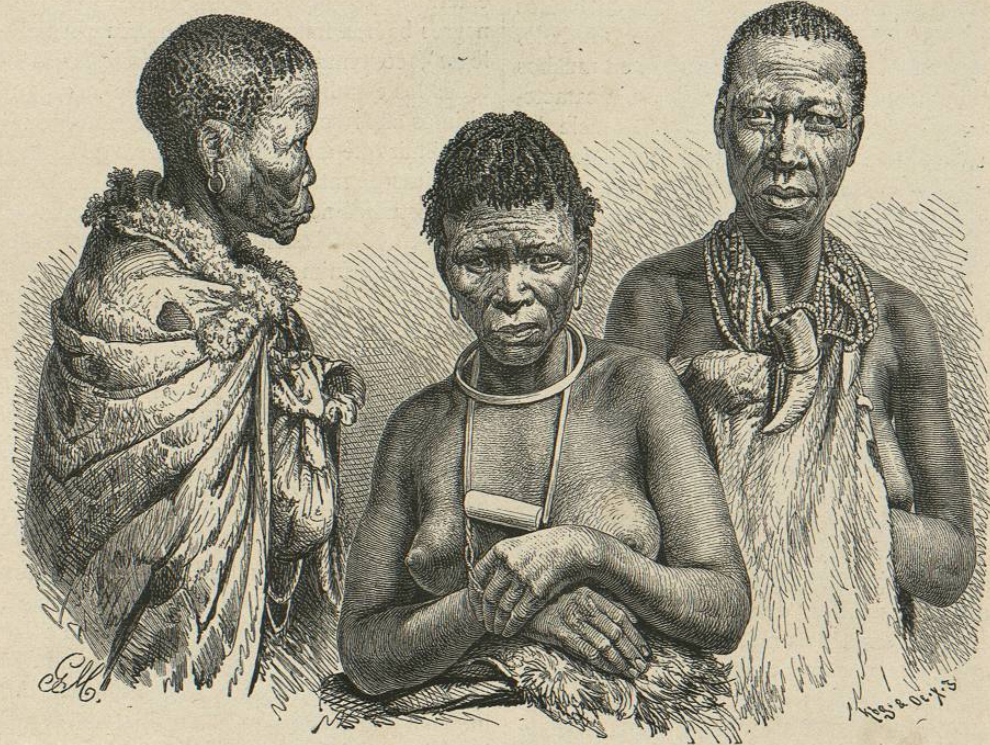
El estudio de los pueblos naturales fué avanzando lentamente desde el punto de vista del corazón al de la inteligencia, y esto hizo que decayeran aquéllos considerablemente, tanto más cuanto que su vida intelectual está mucho más por debajo de la nuestra de lo que lo están sus sentimientos y su aspecto exterior, que hasta esa época habían sido objeto de predilecta atención. Conocióse entonces la idea de la evolución que clasifica á los pueblos unos después de otros, con lo cual — nótese bien — los pueblos no civilizados quedaron englobados dentro de una especie de fundamen-

to heterogéneo, más bien en virtud de un sentimiento general que á consecuencia de razones positivas. Compréndese fácilmente la necesidad, casi apasionada, de buscar en el mundo de los hechos un apoyo para la atrevida teoría de la evolución, y aun cuando no simpatizamos por completo con esta manera de pensar, seríamos injustos si desconociésemos que, gracias á ella, prodújose en el estudio de la vida de los pueblos, como en el de la vida en general, un movimiento del cual brotaron trascendentales verdades. En todos los ramos del saber humano, las investigaciones más difíciles son las de los comienzos de los mismos; y á este importante problema, hasta ahora abandonado por creerse que su solución ofrecía pocas probabilidades de éxito, hanse dedicado los adeptos á la teoría evolucionista, en el terreno mismo de la etnografía, con una «unidad de miras» admirable. Negativos ó positivos, sus resultados han sido notables y daría muestra de poco talento quien negara los progresos que gracias á ellos se han realizado. Por débil que sea la defensa que pueda hacerse de los principios fundamentales de que partieron para dedicarse al estudio de la etnografía, preciso es conceder á los evolucionistas el mérito de haber puesto á la disposición de la ciencia abundante material de hechos, pudiendo afirmarse que de sus trabajos data la investigación fundamental de lo que, qui-

zás con harta precipitación, se denominó estado primitivo de la humanidad.

Agradecemos como se merecen esos trabajos preparatorios, pero no podemos aceptar el pensamiento final á que todos ellos han sido dirigidos. Los evolucionistas buscan en todas partes unos «estados primitivos» y una «evolución.» ¿No tenemos, por lo mismo, el derecho de mirar con cierta desconfianza, en el terreno científico, esta inquisición que de antemano sabe qué es lo que quiere encontrar? La experiencia enseña que este procedimiento está muy expuesto al peligro de prejuzgar lo que la razón ha de decidir: el que está previamente convencido de una cosa, cree ser de poca monta lo que contra ella resulta. Cuando un investigador, perfectamente empapado en la teoría evolucionista,

encuentra algún pueblo que, bajo algunos ó muchos conceptos, se halla «detrás» de su vecino, convierte involuntariamente este «detrás» en «debajo», es decir en un peldaño inferior de la escala por la cual la humanidad ha subido desde el estado primitivo hasta la cúspide de la civilización. Frente á frente de esta teoría, encontramos otra que parte de una idea, tan exclusivista y extravagante como la que preside á aquélla, á saber, la de que el hombre ha venido al mundo como ser civilizado y de que los pueblos salvajes se hallan, desde aquel entonces, sometidos á una degradación que, avanzando en sentido inverso, los ha convertido en lo que hoy equivocadamente se llama pueblos naturales. La gran aceptación que entre los investigadores naturalistas tuvo la teoría de la evolución, hánsela concedido á la del



Raza hotentote. — Bosquimanos, según fotografía que posee el misionero Fritsch

retroceso los que se dedican á investigar la religión y el lenguaje de los pueblos, movidos á ello por razones fáciles de comprender. Esta última, que está actualmente muy desacreditada (quizás demasiado, á nuestro modo de ver) entraña para la investigación menos peligros que aquella otra enteramente opuesta, y que expresada con toda la desnudez abstracta, viene á quedar reducida á las siguientes proposiciones: en la humanidad sólo hay esfuerzos, progresos, desarrollo, y en manera alguna retrocesos, decadencia ni muerte. ¿No se desprende claramente de estas afirmaciones el exclusivismo de esta manera de estudiar? Ciertamente sólo van tan lejos los radicales de esta teoría y que Darwin, que como todos los grandes pensadores concibe sus ideas con suma moderación, conviene en que «indudablemente muchas naciones han retrocedido en su civilización, habiendo algunas de ellas llegado á un estado completo de barbarie, á pesar de lo cual — añade prudentemente — no he encontrado prueba alguna que demostrara esto último.» Pero en su obra «Origen del hombre» no ha podido, más de una vez, evitar la tentación de imaginarse la humanidad diferente de lo que en realidad es, é inferior, por lo que hace á sus miembros más degradados, á los mismos animales; lo cual no acusa un estudio hecho con la serenidad necesaria.

He aquí los dos extremos de la noción de los pueblos naturales, de que antes hemos hablado: fácilmente se comprenderá la diversidad de consecuencias que de una y de otra derivarán al estudiar, bajo todos conceptos, la existencia de los mismos y al formular un juicio acerca de su pasado y de su porvenir. En efecto, ¿qué mayor diferencia puede existir que la que notamos entre estas dos teorías, una que señala á aquellos pueblos un lugar muy inferior al nuestro y los coloca en un peldaño que se distingue por la falta de desenvolvimiento de todas aquellas aptitudes maduradas por el largo y penoso camino que separa nuestra posición de la que ellos ocupan; y otra que, considerándolos á un nivel igual ó análogamente alto que el nuestro, los presenta como despojados de una gran parte de su cultura, y por ende empobrecidos, degradados y atrasados, á consecuencia de su infausto destino? Séanos permitido someter á ambas, en la esfera de los hechos, á un corto pero positivo examen y procurar acercarnos más de lo que todas estas hipótesis hasta ahora han consentido, al punto medio en donde reside la verdad.

La primera cuestión que se nos presenta es la relativa á las diferencias corporales congénitas que han de permitir sacar la más infalible consecuencia respecto de la clase y